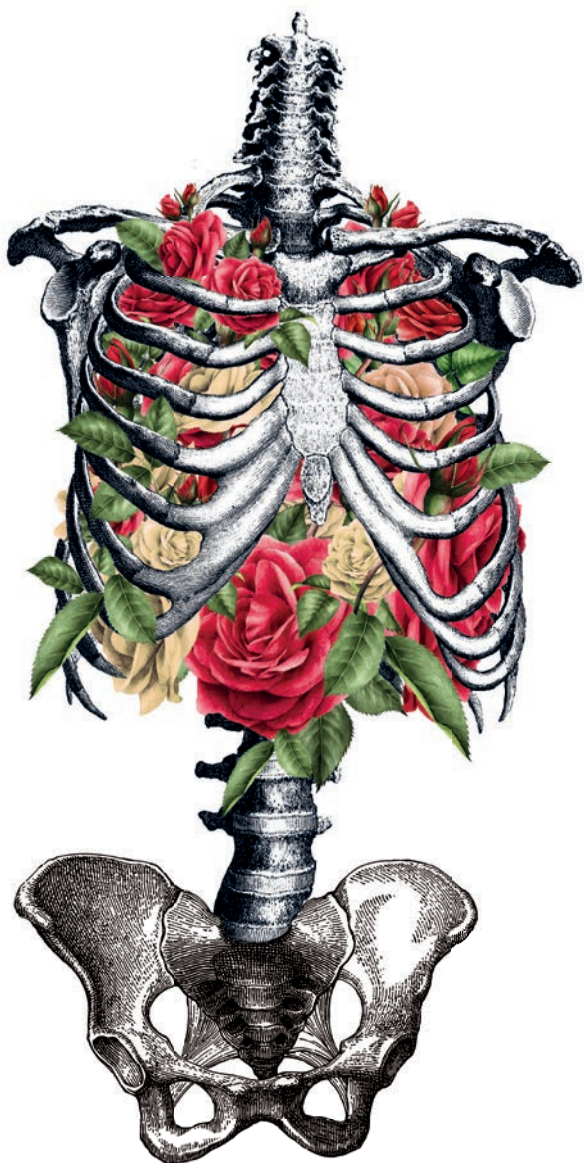


Santiago Alba Rico

Ser o no ser (un cuerpo)





Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Alba Rico

Ser o no ser (un cuerpo)

© Santiago Alba Rico, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© de las imágenes: Fernando Botero, *Madre e hijo*, 1993 © Fernando Botero, Colección de Arte Banco de la República de Colombia: 165; Pieter I Brueghel, *La caída de Ícaro*. Musées royaux des Beaux-Arts de Belgique: 119; Eugène Delacroix, *La libertad guiando al pueblo*, 1830. Musée du Louvre: 281; Richard Peter Sen © Richard Peter Sen - Deutsche Fotothek - Contacto: 129; Beatrix Potter: 23; John William Waterhouse, *Eco y Narciso*, 1903. Walker Art Gallery: 225; J. Wenzel Peter, *Adán y Eva en el Paraíso Terrenal*. Museos Vaticanos: 77

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-322-2992-3

Depósito legal: B. 24.101-2016

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

9 *Introducción*

1. **Clasificación y fuga**

- 25 El estómago de la bestia
29 Listas y escudos
32 La polémica entre Dios y Goethe
42 Linneo nombra en latín el mundo
48 Hermanas cucarachas
52 Comienza la fuga
57 Los tres medios, los tres fracasos
61 El final es sólo el comienzo
66 Estado y Mercado
73 Cuerpos y leyes

2. **Metamorfosis y rebelión**

- 79 Lo familiar que se vuelve extraño
86 Circe y la fatal recaída
90 El otro mono kafkiano
95 El embaucador autoplástico
99 Comer o no comer
103 *Homo* y relato
107 El cibernético y el superhéroe

110 A vueltas con la tinaja mágica

113 Wang en el Mercado

3. La velocidad y el nudo

121 El terror de la multiplicación

126 El primer fracaso de Ícaro

129 La victoria alada de Dresde

136 La utopía de la transparencia

141 El aumento de la velocidad

146 El fin de los acontecimientos

153 *Hybris* e Historia

157 Alejandro contra Gordias

163 El cuerpo como nudo gordiano

4. Caer en otro cuerpo

167 El dolor y la vergüenza

171 El tiempo se aburre en el cuerpo

178 Y, en fin, la compasión

181 La compasión de los reyes

188 La compasión de las madres

194 Poder sin fuerza: la magia existe

197 Fantasía versus imaginación

206 Interludio ejemplar

210 Las cinco fuentes del poder

213 El Ícaro armado

219 Lo que no podemos imaginar

223 La Historia sin cuerpos

5. El triunfo del espejo

- 227 Los cuatro verbos
- 232 Las tres imágenes
- 236 Frankenstein en *Matrix*
- 240 La política del espacio
- 244 Los tres espacios
- 246 Cuerpo, deuda y mercancía
- 251 El fin de las cosas
- 258 Vampiros y narcisos
- 261 Fotografiar la eternidad
- 267 El panóptico liberador
- 271 La emancipación del espejo
- 277 Antipuritanismo tecnológico

6. El cuerpo y sus apéndices

- 283 La nariz suelta y la nariz cortada
 - 287 Los dos Napoleones
 - 291 El yo y su único cuerpo
 - 295 Los misteriosos pronombres personales
 - 301 Identidad y relato
 - 303 Metonimia y metáfora
 - 309 Ingredientes para cocinar una Nación
 - 315 La imitación del ser
 - 317 Espartaco contra Napoleón
 - 321 De regreso al paraíso
 - 326 El mal es una manzana
 - 334 Última conexión: los pronombres, las niñas, los maestros y las leyes
-
- 339 *Bibliografía caprichosamente razonada*

EL ESTÓMAGO DE LA BESTIA

«Antes de la era del hombre cazador, y aún bien entrada ésta, debió existir una era del “hombre cazado”», escribe la bióloga Barbara Ehrenreich en su obra *Ritos de sangre*.

Imaginémonos en una habitación sin luz. ¿Por qué sentimos miedo, sobre todo cuando somos pequeños? Es la oscuridad, se dirá. Bien, pero ¿por qué la oscuridad asusta? Lo que narran los cuentos infantiles y lo que prueban las estadísticas es que los habitantes de la ciudad, completamente alejados de los bosques y las selvas, sienten menos miedo de los coches o los ladrones que de las bestias salvajes (o incluso, en EE. UU., de zombis o extraterrestres). La explicación, nos dice Ehrenreich, es que, en virtud de un remoto atavismo, los seres humanos temen todavía hoy ser devorados por un animal (amenaza que los besos de algunos tíos y tías con aspecto de rinoceronte o cocodrilo confirman). En una habitación oscura nos sentimos como en el bosque primigenio, acechados por animales salvajes, o incluso ya como en el estómago de ese lobo que devoró a Caperucita y a su abuela; o que se comió a los cabritillos; o de ese ogro que quiso tragarse a Pulgarcito y sus hermanos. Ehrenreich trata a su vez de explicar ciertos antiguos cultos religiosos a «dioses carnívoros» que exigían sacrificios animales o humanos como

un recuerdo de ese período en el que los seres humanos «también eran carne».

¿Qué nos salva del estómago de la bestia? Alguien puede decirnos que es el cazador quien nos salva y que, en efecto, el cuento de Caperucita da la razón a Ehrenreich en el sentido de que primero somos cazados y luego cazadores. Ésa es una explicación filogenética y, al mismo tiempo, epónima; es decir, contamos la historia de la humanidad a través del destino individual de un personaje mitológico o narrativo. Pero si estamos hoy —ahora— en una habitación oscura no invocamos la intervención de un cazador (ni siquiera la de Superman). ¿Cómo nos defendemos? ¿Qué hay en esa habitación que pueda amenazarnos? Es una habitación desconocida y nos movemos a tientas extendiendo las manos por delante de nuestro cuerpo. Vamos tocando, palpando superficies y, cada vez que nuestros dedos entran en contacto con un objeto, damos un respingo. No lo reconocemos.

¿Redondo, peludo, húmedo? ¿Liso, seco, alargado? ¿Qué nos da más asco y miedo? ¿Lo líquido o lo sólido? Sin duda, como recordaba el filósofo Jean Paul-Sartre, lo que más nos repugna y aterroriza es lo pegajoso o escurrecido, lo viscoso, lo que aún no es sólido o lo que está a punto de ser líquido. En la tripa de la bestia casi todo es viscoso. La noche misma, antes del descubrimiento del fuego, es el enorme vientre de una bestia voraz.

Pero imaginemos que ha habido un apagón y estamos en nuestra habitación, que a causa de esa ausencia de luz se convierte de pronto en bosque y boca de lobo. Extendemos la mano, palpamos y tocamos objetos que podemos nombrar porque los reconocemos: aunque sigamos en la oscuridad en nuestra cabeza se hace la luz. No estamos en la tripa de la bestia. Ese objeto redondo y peludo es mi pelota de tenis; la cosa lisa, alargada y dura es mi estuche de madera; la húmeda y tintineante es el bote

en el que guardo los lápices; y hasta la blanda y viscosa, que me da un poco de repelús, no es más que el resto del yogur que me acabo de comer. Durante el segundo que tardo en reconocer la sustancia gelatinosa, la habitación vuelve a ser un estómago o un bosque, pero enseguida la inteligencia de mis dedos devuelve la luz: ¡es yogur! Y recobro la calma.

Imaginemos una situación aún más terrorífica: mientras palpamos en la oscuridad tropezamos no con un objeto, sino con un cuerpo que respira. Si es nuestra habitación y dormimos con nuestro hermano, ese descubrimiento nos tranquiliza: es Pedro sosegadamente dormido en su cama. Pero si estamos solos y no es nuestra habitación, el cuerpo sólo puede ser el de un lobo feroz. Dentro de la tripa del lobo hay otros lobos. El vientre de la bestia está poblado de bestias.

¿Qué nos salva? Los nombres: *mesa, estuche, pelota, bote, yogur, Pedro*. Tocamos con los nombres, no con los dedos, y son los nombres los que nos sacan de la tripa viscosa, del bosque vago y amenazador en el que estamos expuestos al hambre de la alimaña feroz. Lo que nos da miedo es lo que no podemos nombrar. Lobo es todo lo que no tiene nombre.

Ahora bien, ocurre que el lenguaje que nos protege es al mismo tiempo la fuente de nuestra indefensión. En los mitos y cuentos, los hombres y los animales conviven en un ámbito común en el que los animales hablan (como el lobo de *Caperucita*) y en el que los hombres son caníbales (como la bruja de *Hansel y Gretel*). Esa combinación de hablar y comer, dos acciones que comparten y se disputan nuestra boca, nos hablan del tiempo remoto en el que, sin hablar, las bestias vivían con los hombres y se los comían, pero también de la fragilidad de una civilización compuesta de *caníbales parlantes*, una contradicción u oxímoron que reproduce en otro terreno el principio escandaloso del

cristianismo: el verbo se hizo carne. Esta combinación de palabra y carne, de hombre y animal, es lo que llamamos *cuerpo*, privilegio humano que transporta en sí su salvación y su ruina. El verbo encarnado puede ser su propio depredador. Un cuento que siempre me dio mucho miedo es el del cerdito Amable, escrito por la escritora inglesa Beatrix Potter (1866-1943), en el que un cochinito rechoncho y bueno, vestido de época y provisto de un salvoconducto policial, va a venderse a sí mismo al mercado; la madre le ajusta el corbatín al cuello, muy orgullosa del atildamiento de su hijo, mientras la hermana, sabedora de su destino, se enjuga las lágrimas en un rincón. En su largo camino al matadero se hace de noche y el cerdito, tras pasar con suerte un *checkpoint*, siempre alegre y responsable, es alojado en casa de Pedro Tomás Gaitero, en cuya mesa —escena turbadora donde las haya— descubre un plato con una loncha de jamón a medio morder. Por lo demás, una historia que siempre me ha cautivado es la del soldado alemán Hans Staden (1525-1579), quien fue hecho prisionero por la tribu antropófaga de los tupinambá, en el actual Brasil, y obligado a anunciar a gritos, mientras entraba en el poblado donde viviría nueve meses, el motivo de su visita: «¡Aquí llega vuestra comida!». Anunciarse a sí mismo como comestible, por cierto, es lo que todavía hacen algunos reclamos publicitarios un poco primitivos en los que simpáticos pollos que se meten a sí mismos en la cazuela o en el horno gritan alegremente: «Comedme».

Un cerdo que sabe que es un cerdo, pata de jamón, loncha de panceta, ¿por qué no se rebela? ¿Por qué va dócilmente al mercado? La paradoja es aún más tortuosa y desconcertante. Porque en realidad sólo un cerdo que sabe que es un cerdo puede obedecer y llevarse a sí mismo, pata de jamón, loncha de panceta, al mercado. Si fuese un cerdo normal, si fuese «cerdo» sin saber que lo es, sería sencillamente arrastrado a la fuerza en un camión.

Un cerdo que sabe que es un cerdo no iría jamás por propia voluntad al mercado, pero sólo un cerdo que sabe que es un cerdo iría por propia voluntad al mercado. El lenguaje, sin el cual no seríamos conscientes del peligro, promueve también la obediencia. Hans Staden era un prisionero, pero obedece verbalmente y se presenta a sí mismo como futuro menú de los tupinambá. Por su parte, el antropólogo William Ley contaba que los indígenas de Borneo, sometida al colonialismo blanco, estaban convencidos de que los orangutanes sabían hablar, pero que callaban a conciencia para que no los obligaran a trabajar como les habían obligado a ellos. A los animales se los domestica y se los sacrifica, pero no se los esclaviza: la esclavitud es el «privilegio» de una especie lingüística; es decir, de una especie que habla y de una especie que calla.

El cuerpo es una habitación oscura.

Los hombres viven con un animal dentro. Los animales, no.

LISTAS Y ESCUDOS

Si empezamos por el principio, es necesario comenzar con un cuento o un mito, pues los cuentos y los mitos, que abren todas las puertas, suelen ocuparse precisamente de los comienzos. ¿Qué es el ser humano? ¿Qué es capaz de hacer? Uno de los mitos que más me gusta tiene que ver con Epimeteo, el hermano del conocido Prometeo, y lo narra Platón en uno de sus diálogos, el *Protágoras*. Como sabemos, Prometeo, uno de los héroes de la civilización humana, fue castigado por robar a los dioses el fuego que permitió a los seres humanos protegerse del frío y de las bestias salvajes y cocinar los alimentos que hasta entonces se comían crudos. Prometeo es, como su propio nombre indica, el «previsor», el que «ve de lejos», el que se anticipa

a los acontecimientos. Pues bien, su hermano Epimeteo —casado por cierto con la loca Pandora, que abrió el cofre donde se contenían todos los males del mundo— era todo lo contrario. Descuidado y chapucero, sólo era capaz de reconocer sus errores una vez cometidos (que eso es lo que quiere decir su nombre, el «retrovisor» o el «retrospectivo», el que «ve *después*» de los hechos) y por eso mismo Zeus, poco prometeo o muy taimado, nunca debió encomendarle la misión de completar la creación. Pero eso es precisamente lo que hizo. Zeus le pidió que entregara a los animales recién nacidos, que carecían aún de forma, las herramientas «naturales» para su defensa y supervivencia en un mundo hostil. Así que Epimeteo fue repartiendo pinchos a los erizos, caparazones a las tortugas, garras a los leones y a las águilas, patas veloces a las gacelas, alas a los pájaros, dientes a los tiburones, tinta y tentáculos a los pulpos, etc. No sabemos si tardó siete días o diez semanas, pero cuando completó su obra y ya no le quedaba nada que entregar, se dio cuenta con horror (demasiado tarde, como su nombre indica) de que se había olvidado de una criatura, la más torpe y chapucera, una pequeña bestia sin cáscara ni coraza, a la que ya no podía proporcionar ningún socorro y que permanecía desnuda, vulnerable, expuesta a la depredación de todos los otros animales. ¿De quién se trataba? Los hombres, claro, los seres humanos, desplumados como una gallina en una cazuela, descortezados como miga de pan, los más lentos y crudos, nacidos literalmente *sin hacer* y provistos por ello mismo de una infancia tan larga que, al contrario que los otros animales, durante años no pueden ni siquiera correr.

Los hombres desnudos —nos cuenta el mito— eran cazados y devorados una y otra vez y, si intentaban reunirse en ciudades, se comportaban entre ellos como si fueran también bestias salvajes, se mataban y acababan separándose, por lo que volvían a ser vulnerables a los

ataques de las otras criaturas. Gracias al don fraudulento de Prometeo, es verdad, encontraron el medio de asegurar su sustento mediante el lenguaje y el fuego, pero si estaban obligados a unir sus fuerzas y defenderse en sociedad, carecían del conocimiento de la vida en común. La raza humana estaba, pues, a punto de perecer, de manera que Zeus, guionista y director de este relato, se vio obligado a intervenir para reparar el fatal descuido de Epimeteo. Como quiera que no quedaban ya ni garras ni pinchos ni caparazones ni alas, Zeus acabó dando a los hombres dos facultades mediante las cuales pudieran levantar ciudades y ponerse de acuerdo, procurarse alimentos y defenderse de la naturaleza. Estas dos facultades —de las que he hablado en otros libros y de las que nos ocuparemos más tarde— Platón las llama en griego *aido* y *diké*. El *aido* es algo así como el pudor o la vergüenza; es decir, la conciencia de estar desnudos y de saberse, en consecuencia, frágiles y destinados a la muerte, necesitados —si se quiere— de los demás. La otra, la *diké*, es la justicia. *Aido* y *diké* son las facultades «naturales» del ser humano, desprovisto de «naturaleza», las que lo convierten en lo que Aristóteles llamaba un *zoon politikon*, un ser social o, más literalmente, una criatura dependiente que, al contrario que los otros animales, vive en ciudades o, mejor aún, que sólo existe humanamente dentro de una ciudad. Añadiremos que, cuando Hermes, el mensajero de los dioses, a punto de cumplir su misión, pregunta a Zeus si estas dos facultades (el pudor y la justicia) debe entregárselas a todos los humanos o sólo a algunos de ellos, como ocurre con el arte de fabricar zapatos, reservado a los zapateros, o el arte de pilotar una nave, reservado a los navegantes, el jefe de los dioses declara de manera rotunda que el *aido* y la *diké* los deben recibir todos los hombres *por igual* y ordena, aún más, que se expulse de la ciudad, «como si transmitieran la peste», a

todos los que se muestren incapaces de practicar estas dos «técnicas» inscritas a partir de ese momento en la artificial naturaleza de los seres humanos.

De este mito bello y enigmático retengamos de momento tres datos muy sencillos:

El primero es que, por un error o una falta de previsión de los dioses, los seres humanos no tienen, por así decirlo, una identidad precisa, como la tortuga con su caparazón o los tigres con sus garras de hierro. Si en términos darwinianos la individualidad se define por la estabilidad y el envoltorio, el ser humano es mucho menos «individuo» que un cordero o una rata; y se parece más a una espora o a un alga que a un elefante.

El segundo es que, a falta de una identidad o un caparazón, los seres humanos hablan y fabrican herramientas. Sin esas dos cosas seguirían siendo «carne». Un hombre es más «individuo» vestido que desnudo, trabajando que duchándose, contando un cuento que masturbándose, redactando una constitución que guerreando.

El tercero, interior al relato, es que todo mito cosmogónico o genealógico incluye ya esa facultad lingüística (que el propio mito trata de explicar) en la forma de una lista de animales y criaturas, a las que en este caso se añade, en algún sentido, su descripción. Las tortugas tienen caparazón; los pájaros, alas; los erizos, pinchos, etc. Nombrar y enumerar es una de las funciones elementales de los cuentos (*Caperucita*, por ejemplo, es una «lista de la compra», y la *Ilíada*, un repertorio de herramientas y técnicas para construir barcos).

LA POLÉMICA ENTRE DIOS Y GOETHE

En definitiva, si comenzamos por el principio, encontramos que en el principio hay una lista. El Evangelio

de San Juan, evocando el mito judeocristiano de la creación del mundo, declara que «en el principio era el *logos* (la palabra)». Por su parte, el gran Goethe, en la primera parte del *Fausto* (1806), enmienda la plana a la Biblia y afirma: «en el principio era la acción». Dice Fausto: «Escrito está: “Al principio era el Verbo” [*Wort*]. ¡Aquí me paro ya! ¿Quién me ayudará a seguir adelante? No puedo hacer tan imposiblemente alto aprecio del Verbo; tendré que traducirlo de otro modo, si el espíritu me ilumina bien. Escrito está: “En el principio era la mente” [*Sinn*]. Medita bien el primer renglón, de suerte que tu pluma no se precipite. ¿Es, verdad, la mente la que todo lo hace y crea? Debiera decir: “En el principio era la fuerza” [*Kraft*]. Pero, no obstante, al escribirlo así algo me advierte que no me quede en ello. ¡Viene en mi ayuda el Espíritu! De repente veo claro y osadamente escribo: “En el principio era la acción” [*Tat*]».

¿La palabra o la acción? ¿Quién tiene razón? ¿Dios o Goethe?

Veamos. Si tomamos el Génesis, leemos que Yahvé creó el mundo y sus criaturas en siete días, con lo que al mismo tiempo que creaba el mundo y sus criaturas creaba también la «semana» como unidad de tiempo convencional, eje hebdomadario de nuestro calendario común. Durante esos siete días, la tierra, donde hasta entonces sólo había tinieblas desordenadas y agua muerta, se fue poblando de todos los seres —animales, vegetales y minerales— que hoy conocemos. ¿Cómo lo hizo Dios? Atendiendo al primer relato bíblico (Génesis 1), llama enseguida la atención que Dios no es un ingeniero; no utiliza ninguna materia prima preexistente y maleable (sólo en el segundo, incrustado en los versículos 5-25 del capítulo 2, Adán será hecho con barro y con las manos mientras que Eva se «formará» a partir de su cuerpo). En el relato más antiguo Dios es lenguaje. Dios dijo: hágase

la luz, y la luz se hizo. Y el segundo día dijo: hágase la hierba, y la hierba se hizo. Y el tercer día: háganse las estrellas, y las estrellas se hicieron. Y así con los peces, las aves, los monstruos marinos, los mamíferos y, finalmente, los seres humanos. La acción de crear las cosas es inseparable —en la voluntad de Dios— del hecho de enunciarlas, nombrarlas y enumerarlas. Dios pone nombre a las vacas (las llama «vacas», ¡vacas, vacas!) y las vacas aparecen. Dios pone nombre a los frutos (los llama «frutos», ¡manzana, ciruela, dátil!) y los frutos se materializan. El Génesis es una lista de todas las cosas que existen y que existen precisamente cuando hacemos la lista y sólo porque hacemos la lista (en el segundo relato, por un curioso desplazamiento, la «fabricación» manual de los seres humanos otorga a éstos el privilegio de «poner nombre» a los animales; Dios los lleva ante ellos para que Adán y Eva «los llamen por su nombre»). Queda claro, en todo caso, que el relato de la creación es, en realidad, un diccionario: definir, lo sabemos, quiere decir separar, ceñir, delimitar, y así comienza Yahvé su obra, «separando el cielo del suelo, los mares de la tierra» para luego separar también, en el acto de invocarlos, los reptiles de los mamíferos y los perros de los gatos: el Génesis, que pone límites a las criaturas, mezcladas en la digestión de la noche, es un inventario científico y un tratado de zoología. Sirve para que sepamos cuántas cosas caben en el mundo y cómo se llaman; para distinguirlas unas de otras y recordarnos de esa manera que todas surgen, como el propio Dios, de su nombre mismo: de la luz que la especie hablante —esta especie siempre cruda, dotada de infancia y *sin hacer*, la más vulnerable y dependiente— arroja desde su debilidad esencial sobre las tinieblas del mundo. Si del vientre de la bestia, poblado de bestias, sólo nos salvamos mediante los nombres, el doble mito del Génesis identifica creación y salvación como un acto de iluminación lin-

güística: «hágase la luz» y Dios las «ve», claras y distintas, cada una en sus propios límites, como en un libro de estampas escolar.

Esta idea del Génesis como tratado de zoología está muy bien recogida en el cuadro famoso de un pintor menor. El austriaco Wenzel Peter (1745-1829), medallista patrocinado por la Iglesia de Roma, pintó su conocido lienzo *Adán y Eva en el Paraíso Terrenal* —en la galería Vaticana desde 1831— para exhibir su virtuosismo de anatomista mediante la escena más apropiada a su talento. ¿Qué vemos en él? Después del fiat divino y antes de la caída y la expulsión, Adán y Eva están desnudos bajo un árbol frondoso, rodeados de toda la variedad de fauna imaginable. En el centro, obviamente, dos leones serenos y majestuosos patrullan la felicidad del paraíso y un tigre juega con sus cachorros al lado de dos bueyes recostados a la sombra, en actitud *voyeuse*, como matronas burguesas en un café de los Campos Elíseos. Entre el ángulo izquierdo, donde un gigantesco camello parece sonreír al espectador, y el derecho remoto en el que un avestruz trota ligera entre las palmeras, Wenzel despliega contra el río soñoliento y la montaña lejana su genio de animalista: en el Edén están reunidas todas las especies que, tras la expulsión, se dispersarán por los cinco continentes. Hay caballos, pelícanos, ovejas, pavos, gallos, serpientes y monos, cebras y ciervos, todos tan mansos y domésticos como los dos perros —y el gato— que custodian la desnudez sin deseo de la pareja primera. Un cierto tedio pesa ya sobre esta multiplicidad desapasionada que, una vez separada por razas y nombres, no sabe muy bien qué hacer con sus cuerpos. Uno tiene la impresión de que esa transición —entre la creación y la caída— duró apenas un minuto, precisamente el que capta el cuadro de Wenzel, y que, concluida la misión clasificadora de los humanos, el propio estancamiento de la vida hace irremediable ese

gesto, ya incoado por Eva, que la pondrá en movimiento a través del dolor y la muerte. Wenzel, en todo caso, traduce muy fielmente la idea bíblica del «génesis» como una enumeración y exposición de instancias naturales.

La tradición judeocristiana no es una excepción. Si exploramos otras cosmogonías descubrimos esta misma relación entre los enunciados y los nacimientos, entre los nombres y la generación. Pensemos, por ejemplo, en el *Popol Vuh* o *Libro del Consejo*, el libro que recoge los mitos orales de los mayas, al otro lado del mundo, en el continente americano. La civilización maya se extendió durante 3.000 años por lo que es hoy México, Guatemala, Honduras y El Salvador, y sus descendientes indígenas, que hablan hasta 44 lenguas diferentes, han seguido viviendo en las tierras de sus antepasados tras la conquista española y las independencias criollas del siglo XIX. Pues bien, el mito oral que narra los orígenes del mundo fue recogido —según un relato incierto— por un indígena que había aprendido a escribir y traducido luego al español, tres siglos más tarde, por un sacerdote, el padre Francisco Ximénez, el cual nos transmitió el texto que todavía podemos leer. En él se nos dice que, antes de la creación, sólo existían el cielo vacío y el mar en calma, y allí, dentro del agua y rodeados de plumas de colores, Tepeu y Gugumatz, los dioses progenitores, se pusieron a hablar. Hablaron y hablaron y de esta conversación nacieron el mundo y sus criaturas. «Juntaron sus palabras y sus pensamientos» y dijeron «hágase la tierra», y la tierra se hizo; «háganse las montañas», y las montañas se hicieron; y «háganse los cipreses y los pinos», y los cipreses y los pinos comparecieron. «Luego —dice el *Popol Vuh*— hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles [víboras], guardianes de los bejucos.» Vemos de nuevo

aquí la enumeración y nominación de las criaturas, a la que a continuación, y como parte del proceso de la creación, se añade un reparto de «identidades» y de «habitaciones»: cuántas patas tendrá cada uno, dónde vivirán (en el bosque, en el agua, entre la maleza, en nidos o madrigueras) y qué comerán. Crear es ordenar en un doble sentido: porque las criaturas nacen de una orden de los dioses y porque esa orden (existid, venados; existid, árboles; existid, ratones) introduce un orden en la naturaleza. La instrucción o consigna que crea la creación constituye también el primer tratado de zoología. El mundo, sí, es un tratado de zoología, un inventario hablado de cosas redondas y vivas.

La cuestión del lenguaje como condición y resultado de la generación es central en el *Popol Vuh*. En efecto, una vez creados los animales, Tepeu y Gugumatz les dan además voz: unos gorjean, otros rugen, otros balan, otros rebuznan. Vemos de nuevo aquí el placer de enumerar, distinguir y nombrar. Pero hay un problema. O dos. O tres. ¿Qué sucede? Cuando los dioses llaman a los animales por sus nombres, ahora que existen gracias a ellos, los animales no responden. Llaman a la vaca (¡vaca!, ¡vaca!) y la vaca no acude; llaman al tucán (¡tucán!, ¡tucán!) y el pájaro no responde. Aún más, ocurre que los animales no pueden decir sus propios nombres. ¿Cómo te llamas, vaca? Y la vaca no dice nada. Más todavía: los animales, que no responden cuando se los llama y no pueden decir su nombre, tampoco pueden, por eso mismo, rezar: es decir, no pueden alabar a los dioses que los han creado como los dioses merecen por todo lo que han hecho por ellos. Es ésta la razón por la que los dioses deciden entonces crear a los hombres. Es interesante seguir el relato de esta creación final, inicialmente fallida y marcada por sucesivos arrepentimientos, pero lo que aquí me interesa señalar es que los dioses, seres hablan-

tes que han creado el mundo mediante órdenes verbales, necesitan crear, a su vez, *una criatura parlante*. Tepeu y Gugumatz crean a los hombres para que hablen: para que digan sus nombres y los nombres de todas las otras criaturas y para que, al hacerlo, declaren la gloria de esos dioses que hablaron los primeros y que, al hablar, trajeron las montañas y los bosques y los pájaros y los hombres a la existencia.

En definitiva, ¿qué pensar? ¿Dios o Goethe? ¿En el principio era el logos? ¿En el principio era la acción? Lo que nos cuenta el mito griego del *Protágoras*, lo que nos cuenta el mito judeocristiano del Génesis, lo que nos cuenta el mito maya del *Popol Vuh* es que en el principio era una combinación de ambos: una palabra que era al mismo tiempo acción: la clasificación. Los humanos, que no tienen ni pinchos ni caparazón ni garras, tienen el poder lingüístico de nombrar y enumerar las criaturas y, valga decir, el poder divino de darles existencia o, al menos, de colocarlas en un lugar determinado o en una posición concreta. El mito mismo como relato primordial afirma esta condición «performativa» en virtud de la cual su decir es al mismo tiempo un hacer: un decirse y hacerse hombre en el enunciado mismo del discurso. Todos los mitos genealógicos (y muchos de nuestros relatos fundacionales, ontogénicos o sociales) realizan y narran el placer de separar, enumerar, distribuir, definir, nombrar y distinguir: los peces tienen escamas; los reptiles, la sangre fría; los insectos, seis patas; los humanos, dos pies.

Los dioses —los llamados demiurgos, creadores del cosmos— son taxonomistas; es decir, clasificadores. Los hombres somos, ante todo, clasificadores. Mucho antes de que la filosofía descubra la pregunta por el ser y la cópula «es» como misterio insondable de la metafísica, los humanos han contestado al interrogante propuesto por la

variedad y complejidad del mundo introduciendo orden verbal en él. La pregunta «¿qué es un pájaro?» han tratado de responderla averiguando *cuántas clases de pájaros hay* y poniéndoles nombres a todos; la pregunta «¿qué es un árbol?» la han respondido —recuerdo un trabajo antropológico famoso citado por Jack Goody— enumerando todos los tipos de árboles conocidos. En cuanto a la pregunta «qué es un ser humano», se puede responder sencillamente diciendo que es, sobre todo, el único animal que hace clasificaciones. Clasifica todas las otras criaturas y —lo veremos más adelante— clasifica a los otros hombres, criaturas sociales, como si fueran también animales.

La primera actividad racional del hombre es la de ordenar, hacer distinciones, clasificar. Eso forma parte de nuestra actividad mental espontánea, como podemos comprobar en cualquier colegio del mundo. Los altos y los bajos, el narizotas, el gordito, y, desde luego, las chicas y los chicos, sin que necesariamente esas divisiones se correspondan con las diferencias sexuales biológicas. Yo recuerdo, por ejemplo, que en el colegio al que iba de niño —un colegio sólo masculino— a algunos alumnos se nos clasificaba como «niñas», lo que sin duda (en un mundo machista como el nuestro) se traducía en desprecios y malos tratos: el prestigio de la fuerza bruta «degradaba» a la condición de niñas a los que no teníamos músculos o no dirimíamos a golpes nuestras diferencias. Pero al mismo tiempo esta necesidad clasificatoria de introducir una división y una diferencia allí donde no había más que machos —esta necesidad de introducir «niñas» en ese espacio homogéneo— revelaba también un esfuerzo de enriquecimiento y diferenciación. Revela que los humanos necesitamos las «diferencias», aunque luego las usemos para excluir o despreciar. El racismo, por así decirlo, es un gran esfuerzo clasificatorio tirado a la basura, virado

hacia la negación y la violencia. Pero hasta la negación y la violencia se fundamentan en esta actividad taxonómica que vinculamos con un primer acto de creación en virtud del cual sacamos el mundo de las «tinieblas», del «cielo vacío», de las «aguas muertas» en las que estaba sumergido antes del lenguaje.

Clasificar es un acto espontáneo, pero no es tan sencillo como parece. Todos aceptamos, como si la naturaleza misma nos lo enseñase de un vistazo, que un chihuahua, que mide veinte centímetros de altura y parece una rata, y un gran danés, que puede superar el metro de estatura, son los dos por igual *perros*. ¿Y por qué no clasificamos las ratas al lado de los chihuahuas y los lobos, los zorros y las hienas al lado de los mastines o los pastores alemanes? Es conocida, por ejemplo, la leyenda urbana de la pareja que se trajo de la India, limpia y vacunada, una enorme rata local que habían confundido con un perro. En realidad, toda clasificación es una intervención (y hasta una creación, en efecto) y, por lo tanto, una decisión humana mucho menos evidente de lo que parece. Entre los niños y los analfabetos, por ejemplo, las clasificaciones tenderán a hacerse a partir de las relaciones y los colores. Si pedimos a un niño de cuatro años que ordene seis objetos sobre una mesa (tres rojos y tres verdes), pondrá seguramente juntos un destornillador rojo y una manzana roja, separándolos de un martillo verde y un aguacate verde, aunque para nosotros lo natural sería clasificar por un lado las frutas y por otro las herramientas. Lo mismo cuenta el famoso neuropsicólogo ruso Alexander Luria (1902-1977) sobre las poblaciones analfabetas con las que trabajó durante años. Los campesinos no letrados a los que se pedía que clasificaran cuatro objetos (una sierra, un martillo, una hachuela y un tronco) ponían enseguida en relación la sierra con el tronco, y no con las otras herramientas,

pues clasificaban los objetos en términos de situación y función: en ese sentido, el martillo pedía un clavo (y no, por ejemplo, un destornillador). Malinowski, por su parte, recuerda que los «primitivos» (los pueblos de tradición oral) tienen palabras para las plantas y los animales que les son inmediatamente útiles en su vida cotidiana, pero tratan otras criaturas de la selva de un modo vago y generalizado: «Eso sólo es maleza» o «sólo un animal que vuela».

Dos de los más grandes sociólogos de la historia, Émile Durkheim y Marcel Mauss, que además eran parientes, escribieron en 1902 un famoso libro al respecto, *Sobre algunas formas primitivas de clasificación*, donde dan numerosos ejemplos de formas de clasificación que a nosotros nos pueden parecer descabelladas pero que otros pueblos —de esos que antes de Boas y Lévi-Strauss se llamaban «primitivos» y también de otros tan refinados como los chinos— consideran sensatas y funcionales. Durkheim y Mauss llaman la atención sobre el modo en que —a través del llamado totemismo— se establecen asociaciones entre grupos de parentesco y animales y, más allá, vegetales y objetos. Así puede ocurrir, como ocurre —por ejemplo— entre los arunta o los chingalee (indígenas australianos), que se clasifiquen, junto a las hormigas, las abejas y los mosquitos, la hierba y las serpientes o junto a las estrellas, el Sol y las nubes, también el ibis, la polla de agua y las águilas, y ello según el grupo de parentesco (y el tótem) al que se pertenezca. Por su parte, los zuñi (Nuevo México, EE. UU.) desarrollaron un complicadísimo y refinadísimo orden clasificatorio a partir de la división del espacio en siete regiones. Para que nos hagamos simplemente una idea, las asociaciones que regulan su relación con la naturaleza y con los otros hombres han llevado a aceptar como cosa indudable y natural que al Norte pertenecen el aire, el invierno, la grulla, la encina, la guerra y el color amari-

llo; al Oeste, el agua, la primavera, el oso, el coyote, la paz y el color azul; al Este, la tierra, la simiente, la escarcha, el gamo, el pavo, la agricultura, la medicina y el color blanco. En cuanto a China, una de las civilizaciones más antiguas y refinadas de la tierra, se ha regido siempre por un sistema clasificatorio en el que los cuatro puntos cardinales y el horóscopo se combinan para dividir la naturaleza en ocho poderes (que son ocho vientos) y cinco elementos (tierra, agua, madera, metal y fuego), bajo cuyas divisiones, y de manera tan minuciosa como aparentemente arbitraria, se van a colocar en filas, relacionadas entre sí, todas las criaturas del mundo.

Es importante recordar que las clasificaciones naturales y las clasificaciones sociales por lo general se han solapado, de manera que las clasificaciones de los objetos naturales han expresado siempre las relaciones jerárquicas establecidas en una sociedad dada y, al revés, las clasificaciones sociales han tendido siempre a tratar los grupos de parentesco, las castas y las clases sociales como si fueran sistemas naturales y hasta zoológicos, con los peligros que ello entraña. Esta confusión entre clasificaciones naturales y clasificaciones sociales ha dado lugar, por ejemplo, a tabús alimenticios y reglas de pureza, acompañadas de la exclusión de ciertos sujetos o sectores sociales, de los que se ocupó muy certeramente la antropóloga Mary Douglas (1921-2007) y de los que hablaremos aquí más adelante.

LINNEO NOMBRA EN LATÍN EL MUNDO

En todo caso, todo nuestro sistema clasificatorio moderno (la ciencia que llamamos «taxonomía» o «reglas para ordenar») procede del siglo XVIII y fue fundada por un sueco de nombre Carl Nilsson Linnæus (1707-1778), más conocido como Linneo. A Linneo, que fue capaz de

clasificar 8.000 especies animales y 6.000 vegetales y que escribió un libro de más de 3.000 páginas titulado *Systema naturæ* (así, en latín, porque escribía en latín, como todos los científicos de su época), nos lo imaginamos como un hombre severo tocado por un pelucón, pero en realidad era un tipo muy simpático. Odiaba el colegio y sacaba muy malas notas y siempre estaba perdido en el campo, donde se distraía literalmente (o más bien se concentraba) con el vuelo de una mosca. O con los estambres de una flor. De hecho, fue el primero en clasificar las plantas por el número de estambres de sus flores. También fue el primero en utilizar los símbolos de Marte y Venus para representar la diferencia sexual y en incluir a la ballena entre los mamíferos (cosa que Melville, autor de *Moby Dick*, aún discutía en 1851). Más escandaloso aún: fue el primero en incluir al hombre en el «reino animal» y en el orden de los primates. Me gusta mucho recordar —aunque no venga al caso— que Linneo sufrió dos ataques de apoplejía al final de su vida y, según sus familiares, perdió la memoria de sí mismo, pero no la de sus conocimientos, de manera que leyó su propia obra sin saber que era suya y le pareció maravillosa. Eso se llama objetividad.

Linneo es asimismo el inventor de la «nomenclatura binomial», es decir, la convención que utilizan los científicos para identificar cada especie con dos nombres latinos (de ahí el término *binomial*), el correspondiente al género y el nombre específico (algo así como el nombre y el apellido de los humanos). Por ejemplo, la *Panthera leo* es el león y la *Panthera tigris* es el tigre. El *Homo sapiens* somos nosotros, los seres humanos. El gran misterio de la biología, en todo caso, sigue siendo la «variedad»: ¿por qué hay tantos escarabajos y tan pocos equinos? ¿Por qué tantos tipos de perros y tan pocas razas de gatos?

Para subrayar los laboriosos y siempre incompletos trabajos de la taxonomía (y su margen de arbitrariedad)

conviene mencionar el hecho de que Linneo, que consideraba justamente a la ballena un mamífero, en la primera edición de su *Systema naturæ* incluyó al fénix, el sátiro y el unicornio, criaturas fantásticas sacadas de la mitología griega, en el rótulo *Paradojas*, y durante algún tiempo consideró de manera cautelosa la existencia de una segunda especie de *Homo*, el *Homo troglodytes*, un humano alternativo del que pidió un ejemplar —inútilmente— a la Compañía Sueca de las Indias Orientales. Asimismo, no hay que olvidar que muchos bichos han revoloteado de un esquema a otro sin encontrar su sitio; es el caso, por ejemplo, de las cucarachas —a las que aludiremos muchas veces—, que durante muchos años estuvieron incluidas en el orden de los ortópteros, junto con los grillos y los saltamontes, pero que ahora pertenecen al de los dictiópteros, al lado de las mantis religiosas y, según algunas clasificaciones, de las termitas. Del mismo modo también varía el número de especies clasificadas según el sistema utilizado. Por ejemplo, Peterson y Navarro-Sigüenza (1999) analizaron dos veces la cantidad de especies de aves endémicas de México con dos resultados distintos. Según el concepto biológico de especie (el que agrupa bajo un mismo rótulo a los organismos con capacidad de cruzarse sexualmente y dar descendencia fértil), obtuvieron 101 especies, con la mayor concentración de especies endémicas en las regiones montañosas del sur y del oeste. En cambio, según el concepto filogenético de especie (que asigna como miembros de una especie a los que poseen evidencia de formar una unidad evolutiva con independencia de que puedan o no reproducirse), obtuvieron 249 especies endémicas, con la mayor concentración en zonas tanto llanas como montañosas del oeste. Según el último censo, la ciencia sólo ha logrado clasificar hasta ahora (mientras la contaminación y la barbarie hacen desaparecer todos los días algunas de ellas) el 10 % de

las especies del planeta. Los descubridores de nuevas especies, por cierto, adquieren el derecho de nombrar, como los dioses, los nuevos taxones y así, por ejemplo, podemos encontrar algunas «nomenclaturas binomiales» bastante extravagantes. Hay una araña que se llama *Pachygnatha zappa* porque recuerda al bigote del músico Frank Zappa, un dinosaurio denominado *Bambiraptor* en homenaje a Bambi, el personaje de Disney, y un molusco al que su descubridor llamó *Abra cadabra*.

En fin, el gran Linneo legó a la posteridad un sistema clasificatorio muy económico y bastante preciso que parte del «reino» para llegar a la «especie» a través de distintos rangos sucesivos: filo, clase, orden, familia y género. Ese sistema clasificatorio no es el único posible y, durante siglos, filósofos y biólogos han discutido si la «sistemática» calcaba o más bien imponía límites a la naturaleza. Antes de la revolución darwiniana, Louis Agassiz (1807-1873) elogiaba la taxonomía como la más noble de las ciencias, pues a su juicio las especies encarnaban «ideas» en la mente de Dios y, a través de las relaciones jerárquicas entre las especies (como a través de la sintaxis de una frase), podía averiguarse lo que el Ser Supremo está pensando: el orden de la naturaleza revela el orden del pensamiento divino. Por su parte, el citado Goethe, autor de *Fausto* pero también botánico de repentina e inesperada actualidad, criticaba el criterio finalista dominante, a su juicio tan poco riguroso como el de un campesino que clasifica como «malas hierbas» todas las plantas silvestres que crecen entre el trigo. Georges Cuvier (1769-1832), renovador de la paleontología, funcionalista estricto, propuso sustituir la división entre vertebrados e invertebrados por un orden anatómico cuatripartito: radiados, articulados, moluscos y vertebrados. Mucho más tarde, el genetista neerlandés Hugo de Vries, con su saltacionismo ancestral, desplazó el protagonismo de la «especie linnea-

na» hacia lo que él llamó «especies elementales», más «naturales» —a su juicio— que la del fundador de la taxonomía. El concepto de «clado», en fin, introducido en la biología a partir de 1965, deja a un lado las agrupaciones «esencialistas» linneanas para trazar linajes evolutivos a partir de descendientes comunes. En todo caso, como mi propósito no es el de extraviarme en una disciplina que no conozco y los rangos linneanos siguen siendo comúnmente operativos, me sirvo de ellos para ilustrar mis argumentos. A continuación reproduzco como ejemplo los cuadros correspondientes al perro, el hombre y la cucaracha (a los que volveremos más tarde).

Clasificación científica

Perro

Reino:	<i>Animalia</i>
Filo:	<i>Chordata</i>
Subfilo:	<i>Vertebrata</i>
Clase:	<i>Mammalia</i>
Subclase:	<i>Theria</i>
Infraclase:	<i>Eutheria</i>
Orden:	<i>Carnivora</i>
Suborden:	<i>Caniformia</i>
Familia:	<i>Canidae</i>
Género:	<i>Canis</i>
Especie:	<i>Canis lupus</i>
Subespecie:	<i>C. lupus familiaris</i>

Hombre

Superreino:	(Dominio): <i>Eukaryota</i>
Reino:	<i>Animalia</i>

Subreino:	<i>Eumetazoa</i>
(sin clasif.):	<i>Bilateria</i>
Superfilo:	<i>Deuterostomia</i>
Filo:	<i>Chordata</i>
Subfilo:	<i>Vertebrata</i>
Infrafilo:	<i>Gnathostomata</i>
Superclase:	<i>Tetrapoda</i>
Clase:	<i>Mammalia</i>
Subclase:	<i>Theria</i>
Infraclase:	<i>Placentalia</i>
Superorden:	<i>Euarchontoglires</i>
Orden:	<i>Primates</i>
Suborden:	<i>Haplorrhini</i>
Infraorden:	<i>Simiiformes</i>
Parvorden:	<i>Catarrhini</i>
(sin clasif.):	<i>Euarchonta</i>
Superfamilia:	<i>Hominoidea</i>
Familia:	<i>Hominidae</i>
Subfamilia:	<i>Homininae</i>
Tribu:	<i>Hominini</i>
Subtribu:	<i>Hominina</i>
Género:	<i>Homo</i>
Especie:	<i>H. sapiens</i>

Cucaracha

Reino:	<i>Animalia</i>
Filo:	<i>Arthropoda</i>
Superclase:	<i>Hexapoda</i>
Clase:	<i>Insecta</i>
Subclase:	<i>Pterygota</i>
Infraclase:	<i>Neoptera</i>
Orden:	<i>Blattodea</i>